

Ricardo Fernández Aguilà

UN RESPLANDOR INESPERADO

RELATOS DE TRANSFORMACIÓN ESPIRITUAL
BASADOS EN HECHOS REALES

Desclée De Brouwer

Ricardo Fernández Aguilà

Un resplandor inesperado

Relatos de transformación espiritual
basados en hechos reales

Desclée De Brouwer

© Ricardo Fernández Aguilà, 2024
rferaguila@yahoo.es

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S.A., 2024
Henaio, 6 - 48009 Bilbao
www.edesclee.com
info@edesclee.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-330-3253-9

Depósito Legal: BI-00091-2024

Impresión: Grafo S.A. - Basauri

Índice

Prólogo:

Donde explico cómo se hizo este libro y formulo la pregunta para la que no tengo respuesta	9
1. Petrarca: humanista y alpinista	13
2. Un año más tarde	19
3. Eric-Emmanuel Schmitt, perdido en el desierto	23
4. El secreto de Caronte	27
5. El vecino de Jung	37
6. Pero si está aquí	41
7. A pesar de todo, Viktor Frankl hablaba a su amada	45
8. La noche sosegada	51
9. Leyendo a Goethe la “Elegía de Marienbad”	57
10. Las tres vidas de Francisco de Aldana	69
11. Sigues siendo tú	85
12. Lo que saben los pacientes de Bernie Siegel	93

UN RESPLANDOR INESPERADO

13. En busca del presente perdido: Eckhart Tolle.	103
14. Alguien tendría que ir a hablar con Andrómeda.	113
15. Una mariposa en el coche de Murray Stein.	121
16. Al cerrar la luz	127
17. Dos hombres en el mismo camino: Richard M. Bucke y Walt Whitman	133
18. Cuando morir es volver.	147
19. Antonio Blay estuvo aquí	159
20. Una historia tal vez demasiado extraordinaria: Manuel García Morente.	179
21. La línea de la ausencia	193

Prólogo

Donde explico cómo se hizo este libro y formulo la pregunta para la que no tengo respuesta

Las historias ficticias pueden contener mucha verdad, pero no son del todo reales por definición. Las historias de este libro son reales, contienen verdades a veces muy sorprendentes y por ello pueden parecer ficticias. Pero no lo son.

Las que aquí relato me fueron llegando dispersas en el tiempo y por canales distintos. Unas fueron confidencias de personas cercanas. Otras estaban narradas por gente de libro en algún rincón de su obra. Y algunas han sido fruto de mi propio viaje, aunque nunca lo formule explícitamente. Por tanto, estos fragmentos de vidas iban apareciendo a su manera y momento, pero yo tardé en darme cuenta de que eran perlas de un mismo collar.

¿Qué tienen en común? En todas ellas a sus protagonistas les sucede algo que no podían imaginar: descubren que hay realidades luminosas ignoradas por su conciencia. El mapa de la existencia humana, que todos nos construimos como podemos y que orienta nuestras reacciones, afirmaciones, negaciones, decisiones, tantas cosas, se comprende entonces que era incompleto. Por algún lugar de sus límites, se había

abierto una rendija, o toda una ventana, y había irrumpido alguna revelación. Sería necesario rehacer el mapa.

Hay también otro rasgo tan decisivo como el anterior en la selección de estas historias. En todos los casos este momento luminoso es una visita, no el fruto de una búsqueda. Los seres humanos que aquí nos hablan no estaban investigando o meditando o peregrinando o en un retiro o en un templo. Todos están realizando o sufriendo actividades bastante comunes, sean difíciles o sencillas. Pueden estar de viaje, despertar del sueño, guardar cama enfermos, volver de una fiesta, cavar obligados una zanja ... Convendría a todas ellas esta cita de la filósofa María Zambrano: “Cuando lo invisible se presenta en nuestras vidas”.

Por esto último, y para reforzar el carácter pasivo del sujeto y no sus posibles capacidades espirituales o intelectuales, se han querido juntar resplandores inesperados que tanto han acaecido a personajes de la Historia como a gentes anónimas. Así ha sucedido y seguirá sucediendo, creemos, más allá de esta recopilación forzosamente limitada. Veintiuna historias han de ser una antología muy reducida de lo que a veces nos puede ocurrir, se conozca mucho, poco o nada.

Queda la pregunta a que aludía al titular este prólogo. Es esta: si al ser humano le puede suceder lo que aquí se explica, esto es, que sin pretenderlo le llegue una luz nueva, le obligue (podría decir le invite) a rehacer su idea de la vida y le transforme para bien, según todos los testimonios, ¿por qué pasan estas cosas? Parece evidente que no son hechos azarosos, producto de la colisión humana con la naturaleza o con otras vidas, que ayudan o dañan. Son hechos, por decirlo con la limitación del lenguaje habitual, fruto de una gran

PRÓLOGO

inteligencia y sentido de la oportunidad. Son algo distinto a lo que cada protagonista sabía hasta entonces y, sin embargo, les viene a la medida. Pero ¿dónde se gestan? ¿Quién o quiénes son sus creadores? ¿Por qué lo han hecho? Son varios interrogantes, pero en el fondo es la misma pregunta y la misma ignorancia.

Tal vez una vida no dé tiempo para todo. Para vivir algo tan revelador y para conocer su trasfondo. Quizá hará falta esa continuación a la que solemos mirar tras nuestro horizonte existencial. Pero tener una señal clara del misterio es un momento mayor. Al leer sobre ello, al leer lo que a algunos les ha ocurrido, otros pueden estar más cerca de esa realidad superior que parece correspondernos y aguardarnos.

—Ricardo Fernández Aguilà

1

Petrarca: humanista y alpinista

Era tanto el amor de Petrarca por los libros, que el día que acometió la proeza de escalar el Mont Ventoux, llevaba en su bolsillo uno de tamaño muy reducido, “pero de infinita dulzura”, en palabras suyas, y se puso a leer al alcanzar la cima.

Este hecho, que él mismo narró con gran detalle en una carta a su amigo Dionigi da Borgo San Sepolcro, y del que vamos a ocuparnos en este texto, ocurrió el 26 de abril de 1336, cuando tenía 32 años; aún viviría 38 más. Hasta ese día, la vida de aquel hombre nacido en Arezzo el 20 de julio de 1304, y crecido cerca de Avignon, ya había mostrado las líneas maestras de lo que sería su existencia. Pero algo esencial aún tenía que ocurrir.

La juventud del que sería uno de los más influyentes poetas de la historia de la literatura, y ejemplo máximo de humanista, había transcurrido en la Provenza. Allí Francesco Petrarca conoció bien la poesía que habían inventado los trovadores, y debió de sacar muy buena nota en su educación sentimental de la mano de aquellos enamorados de damas imposibles, a las que, a pesar de todo, amaban con pasión, trataban con delicadeza y poetizaban sin descanso. El amor cortés. ¡Cómo llegaría Petrarca a recrearlo!

Mas otro tipo de amor le había comenzado a poseer y nunca le abandonaría: el que profesó por los libros en general y por la literatura clásica latina en particular. Sin embargo, su padre le envió muy joven a estudiar leyes en Montpellier y después en Bolonia. El padre no quería saber nada del hechizo que aquellos libros ejercían sobre su hijo y llegó a quemarlos, y Petrarca, según se cuenta, a correr a la hoguera para rescatar cuanto fuera posible.

En el 1326 murió el padre y Petrarca regresó a Avignon. Un año más tarde, el Viernes Santo, ocurrió un hecho inesperado y trascendental. Fue que vio por primera vez a una dama, llamada Laura, y ese día la historia de la poesía comenzó a cambiar. También comenzó a cambiar Petrarca, claro está, que se enamoró hondamente de ella, casi con seguridad ya casada, a la que vio pocas veces más y siempre de manera fortuita. Poco importó que no fuera correspondido. El impacto sentimental debió de ser indescriptible, y a nuestros ojos, de otro mundo. A partir de aquel día no dejó de escribir (en italiano, que no en latín como el resto de su obra) centenares de composiciones dedicadas a Laura, de una penetración psicológica y precisión en la palabra tan originales en su momento, que crearon una escuela poética de gran influencia en toda Europa: el petrarquismo.

He aquí unos versos del soneto 18 (en traducción de Atilio Pentimalli):

*Cuando todo estoy vuelto hacia aquel sitio
donde brilla la bella faz de mi señora,
y me ha quedado en el pensamiento la luz
que adentro poco a poco me arde y me consume;
yo, que temo que el corazón se me rompa*

*y veo cercano el concluir de mi luz,
me marchó, como un ciego, sin luz,
que no sabe dónde va y sin embargo parte.*

¿Adónde partió Petrarca con aquella inundación de amor que no cesaba? En varias direcciones. Hacia el pasado, sin duda. La cultura clásica, que la Edad Media poco había apreciado, fue uno de sus motivos de vida. El estudio de Cicerón, Virgilio, Tito Livio y tantos otros; los viajes por Europa recuperando manuscritos de estos y otros autores, la creación de una importante biblioteca personal que acabó donando a la ciudad de Venecia; en fin, la tarea de traer al presente la riqueza de un pasado eclipsado durante siglos, tarea que conocemos hoy como Humanismo y que formó parte esencial del Renacimiento.

También partió Petrarca hacia una casa cercana a Avignon, en Vauclus (valle cerrado), donde se abismó en sus estudios, en la escritura de obras en prosa y en verso, en latín, y en la prolongación del retrato poético de su amor por Laura, que hoy se conoce como “Cancionero”.

Y un día partió a la conquista de la cima de un gigante de casi 2.000 metros de altura: el Mont Ventoux. Hoy es especialmente conocido como el final de muchas etapas ciclistas del Tour de Francia, pero en el siglo XIV, nadie (o casi nadie) se había atrevido a emprender la subida, ni nadie parecía tener motivos para arriesgarse a tal empresa. ¿Por qué Petrarca se empeñó en hacerlo?

Como decía al principio, todo lo relacionado con esta insólita iniciativa de 1336 lo dejó escrito en una larga carta a un amigo, que comenzó la misma noche en que regresó de la ascensión. En su escrito, este hombre de 32 años, dedicado

al estudio y a la poesía, enamorado de una imposible dama, aunque en 1330 había tomado las órdenes menores eclesiásticas, nos explica que su deseo era llegar a la cima para contemplar el formidable y vastísimo paisaje que desde ella se podría descubrir. Era la gran montaña de la zona en que se había criado y siempre la había tenido ante sus ojos. Mas un hecho muy literario, muy propio de su devoción por los autores clásicos, le había animado definitivamente: la lectura de la Historia de Roma de Tito Livio, quien explicaba que Filipo, rey de Macedonia, había escalado el monte Hemo en Tesalia, atraído por el rumor de que desde su cumbre se podían divisar dos mares: el Adriático y el Euxino. El embrujo de la naturaleza sumado al de la cultura decidieron a Petrarca a acometer la conquista de la montaña. Le acompañaron su hermano pequeño y dos criados.

Al comenzar el intento un pastor intentó disuadirlos. Fue en vano. La ilusión por llegar a un lugar vedado al ojo humano era más fuerte que el desafío de aquella mole rocosa. Crestas, valles, rocas, zarzas... Petrarca buscaba entre todo ello el camino más accesible. Retrocedía, hallaba otro atajo, perdía el paso de su hermano, se rencontraban más tarde, y mientras tanto se hablaba a sí mismo:

Debes saber que lo que hoy te ha sucedido tantas veces en la ascensión de este monte os ocurre a ti y a otros muchos en el camino de tu viva bienaventurada.

La vida que llamamos bienaventurada está situada en un lugar elevado; la senda que a ella conduce es angosta, según dicen.